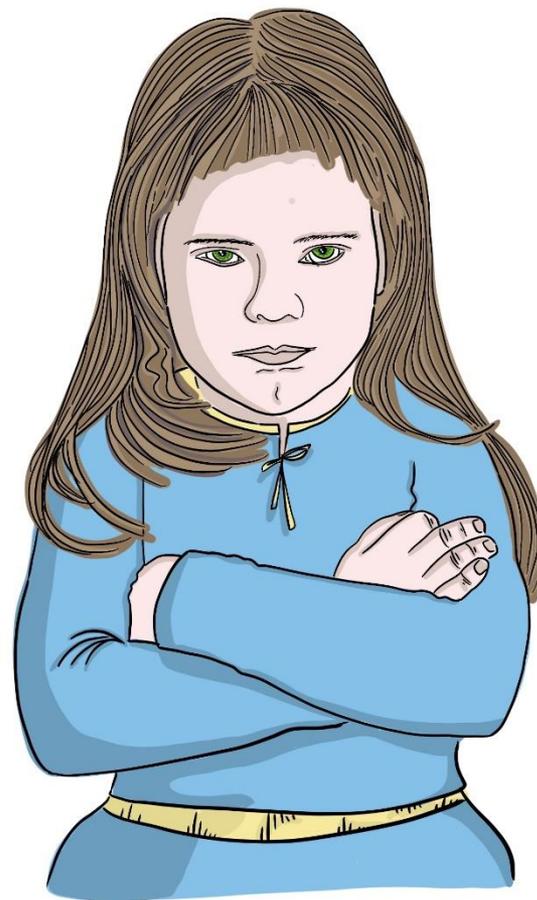


La fiesta de cumpleaños

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Blanca Tulleuda



Uno, dos, tres, cuatro... y así hasta veintiséis eran los días que Martina contó en el calendario para llegar a la fecha que hacía meses había señalado en rojo: el día de su cumpleaños.

Martina esperaba ese día desde el mismo instante en que soplabas las velas del cumpleaños anterior y se pasaba todo el año imaginando como sería su próxima fiesta. Quienes serían los invitados, qué camiseta se pondría, como debía ser el pastel, e incluso qué regalos le tenían que regalar.

Martina lo imaginaba todo porque quería que las cosas salieran exactamente como las planeaba. No le gustaban los contratiempos y estaba convencida de que era mucho mejor tener bien claro cómo debía ser algo para que todo saliera perfecto. Así pues, Martina siempre sabía con quién se sentaría en el autocar si iban de excursión, qué pijama se pondría si iba a dormir a casa de un amigo, o incluso qué merienda comería cuando llegara a casa después del colegio.

Le gustaba que las cosas pasaran tal y como las imaginaba y ahora solo le quedaban veintiséis días para acabar de decidir que el pastel tenía que ser de tres pisos y con mermelada de anís, los regalos debían empezar por la letra C , y quería exactamente dieciocho invitados, ni uno más ni uno menos. Martina ya lo tenía todo organizado y tan solo le quedaba esperar el gran día, 14, 15, 16... 24, 25... y por fin el día señalado. ¡El día de su cumpleaños!

—¡¡¡¡Mamá!!!! ¡Llueve! — Exclamó Martina cuando abrió los ojos y vio el agua chorreando al otro lado de la ventana.

— Me parece que no podremos salir al parque, tendremos que hacer la fiesta en casa. — Dijo su madre. — Pero seguro que también nos divertiremos.

¡Pero qué dices! ¿Qué tenía de divertido celebrar una fiesta en el comedor? Pensó Martina. Y un nubarrón de mal humor se le instaló en el vientre.

—¡No quiero! —Gritó Martina. —Será un desastre.

Pero por suerte, a los invitados no les dio miedo la lluvia y a medida que iban llegando, a Martina no le quedó más remedio que salir de su habitación a saludar. Estaban los abuelos, la tía, las amigas y los amigos, e incluso una señora que no conocía de nada pero que insistía en que era una amiga de la familia que hacía años se fue a vivir al extranjero. Pero por más que el comedor se veía lleno de gente, Martina se dio cuenta de que solo había 17 invitados.

—¿Dónde están los tíos? —Preguntó.

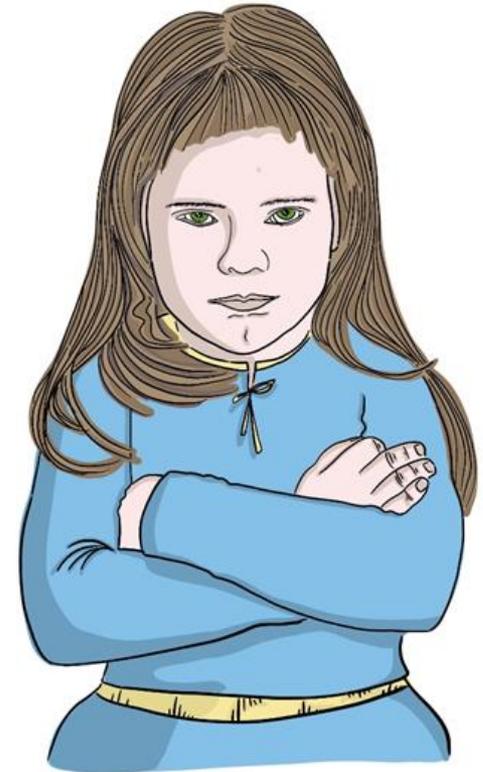
—Han tenido que ir al hospital, parece que hoy nacerá tu prima. — Dijo contento su padre.

—¿¿¿Y no vendrán a mi fiesta???

 —Exclamó enfurecida Martina.

Pero era evidente que no y la nube en el vientre de Martina aún creció más.

Ni parque, ni tíos, ¿qué más podía salir mal?



—¡Cuidado que llevo el pastel! —Gritó su padre. Y por la puerta del comedor apareció el hombre con un precioso pastel de tres pisos, que intentaba llegar a la mesa esquivando invitados. A punto estuvo de conseguirlo sino fuera porque la señora aquella que Martina no había invitado estornudó, y del susto la abuela hizo un bote que dio un golpe en el brazo de su padre, que se desequilibró y terminó tirando el pastel sobre la mesa.

—¡Eso es un desastre! —Gritó Martina. Y por más que su padre y el resto de invitados reían contentos y divertidos, Martina ya no lo soportó más y corrió a encerrarse en su habitación.

—Martina ... —Susurró su abuelo desde el otro lado de la puerta. —Ven que te perderás los regalos.

Y Martina, a pesar de sentir como aquella nube oscura le subía por el pecho, decidió hacer de tripas corazón y volver de nuevo al comedor.

Allí le esperaban un montón de paquetes decorados con lazos de colores y Martina abrió uno. Era un Casco de astronauta que le pareció muy divertido, después abrió unas Cartas para hacer magia y finalmente una caseta nueva para el hámster. Vaya, parecía que esto de los regalos estaba saliendo bastante bien. Todo el mundo había seguido sus indicaciones. Pero cuando quiso buscar el hámster para mostrarle su nuevo hogar, el animal se escapó. ¡Vigilad que no lo piséis! -gritó la madre.

Y hubo quien se subió a una silla y con las prisas tiró una de las bebidas sobre las cartas, otro subió arriba la mesa y con los nervios hizo caer el casco que se rompió, y aunque un tercero cogió la caseta nueva y persiguió al animal hasta cazarlo, pero por el camino fue pisando todos los paquetes para abrir y quedaron bien aplastados.

Martina no se podía creer lo que estaba pasando y cuando vio el comedor lleno de invitados ensartados allí donde podían, los regalos rotos, el pastel aplastado y un charco de bebida pegajosa esparcida por el suelo, sintió como la nube que hasta ahora aguantaba en el pecho, le subía por la garganta y se le escapaba por los ojos con un llanto descontrolado.

Este no era en absoluto el cumpleaños que ella había imaginado. Y triste y enfadada volvió a encerrarse en su habitación.

Ya no tenía ganas de empezar a contar los días para la próxima fiesta. Ya no quería preparar nada porque nada salía como ella quería. Todo era un desastre y ni siquiera quiso contestar cuando su amiga Lia se acercó al otro lado de la puerta para decirle que aquella había sido la fiesta de cumpleaños más divertida del mundo. Tampoco respondió cuando Pedro y Biel exclamaron contentos que querían que Martina les ayudara a preparar sus fiestas si debían ser como aquella y aún oyó a la señora que venía del extranjero lamentándose por no haber asistido a ningún otro aniversario tan fantástico como aquel.

¿Cómo podía ser que todo el mundo se lo estuviera pasando bien menos ella?

— En la vida tienes que aprender a divertirte con lo que tienes. — Dijo su madre que había entrado en la habitación y parecía que le leía los pensamientos. — Si las cosas siempre fueran como las imaginas, la vida sería muy aburrida. Y nunca podrían pasar cosas nuevas ni podrías descubrir nada diferente que no tenías previsto.

El nubarrón de Martina parecía que poco a poco se hacía más pequeño. Ya no lloraba pero todavía le quemaba un poco el pecho.

Pero mamá, yo quería que mi fiesta de cumpleaños fuera perfecta.

— Y lo ha sido. — Dijo su madre sonriente — Ha sido perfectamente divertida y sorprendente.



De repente Martina se dio cuenta de que sí había sido divertido lo del pastel, e incluso reconoció que ver al abuelo subido a una silla le había hecho gracia. Oír el acento de la señora extranjera era muy divertido... Pero entonces el timbre de la puerta le detuvo los pensamientos. ¿Quién será ahora? Pensó. Y poco imaginó que al abrir la puerta encontraría a los tíos de Reus con un pequeño bebé en brazos que venían a felicitarla.

— ¡Qué bonita es! — Dijo Martina emocionada.

Y cogiendo a su nueva prima se dio cuenta de que nunca en la vida habría podido imaginar algo semejante. Qué suerte que en lugar de diecisiete invitados hubieran acabado siendo veinte. Qué suerte que a veces la vida no es como uno la imagina.

Fin.

FAROS

**La guía de la salud y el bienestar para
tus hijos**

Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital

